

Enrique Espinoza

Notas sobre Manuel Rojas



HORACIO QUIROGA, el gran cuentista uruguayo-argentino, algunos críticos lo llamaban platense, a fin de comprender en un solo término aquel dualismo fraterno. A su alto émulo argentino-chileno, Manuel Rojas, creo que se tarda ya en aplicarle un derivativo nominal del límite opuesto: el Ande.

Sin embargo, este hijo finisecular de Buenos Aires, ha tramonado la cordillera en toda forma, incluso a pie, mucho antes de publicar sus incipientes *Poéticas*, en Mendoza ("Ideas y Figuras", 1921).

Como peón precoz en la obra del ferrocarril transandino, Manuel Rojas encontró, en 1914, al héroe de su historia inicial: "Laguna", que justamente a los siete años le traería un segundo premio en el diario bonaerense "La Montaña". El primero se lo lleva siempre, al decir de don Quijote, la gran calidad de la persona o el favor. Por eso, quizá, también su segunda historia: "El hombre de los ojos azules", obtiene idéntica recompensa en "Caras y Caretas", un año después. Pero ¿alguien recuerda hoy quiénes se sacaron entonces los primeros premios?

* * *

Entre "Laguna" y "El hombre de los ojos azules", colecciona Rojas, un lustro más tarde, otros cuentos de igual data —"Un espíritu inquieto", "El cachorro", "El bonete maulino"— y forma *Hombres del Sur* (Nascimento, 1926).

De los cinco relatos, sólo "El bonete maulino" está escrito en Chile y es realmente autóctono. El autor confiesa que se lo ha oído contar repetidas veces a su madre chilena, cuya entonación cree advertir todavía en la última parte de su texto.

"El cachorro", en cambio, lo mismo que "Laguna", se desarrolla en plena cordillera como historia fronteriza. Una loca venganza contra la policía. El joven porteño que consigue trabajo de carpintero en la construcción del transandino, haciéndose pasar por chileno, acaba por serlo literariamente.

"Un espíritu inquieto" no es más que un homenaje a su ilustre antecesor, Horacio Quiroga, y una simbólica despedida en vísperas de irse al otro lado...

La transición termina en el "Hombre de los ojos azules", que si bien toma de Bret Harte —aquel petimetre que fué asimismo, a justo título, *petit maître* para Quiroga— un nombre de aventurero californiano, apenas resulta la contrafigura del indio Mariluán de la Patagonia.

* * *

Recuerdo haberle preguntado una vez a Manuel Rojas por qué no se había quedado en Buenos Aires tras el éxito de sus primeros cuentos en "La Montaña" y "Caras y Caretas". Con su tono confidencial, entre áspero y tierno, lamentándose casi, me dijo: —Si hubiera caído al café donde ustedes (*) se reunían con Horacio Quiroga, seguramente me habría quedado un buen tiempo.

(*) El ustedes referíase a D. Luis Pardo, Guillermo Estrella, Fernández Moreno y Alejandro Sirio, entre otros que viven todavía.

Pero a las horas en que nosotros charlábamos con toda libertad en el Aves Keller, el pobre trabajaba de linotipista en *La Patria degli Italiani*, donde se componían también otros diarios en castellano.

Lástima grande que Manuel Rojas abandonara Buenos Aires sin conocer al maestro de *Los desterrados*, porque de seguro le habría hecho mella su sarcasmo ante lo exótico del criollismo, que arrastró un poco sus alas por el suelo.

Puedo dar testimonio de que Quiroga tenía en mucho algunos cuentos internacionales de Manuel Rojas. Por ejemplo: "El vaso de leche".

(Horacio Quiroga era una estrella solitaria en nuestra literatura. Como Poe en la norteamericana; Chejov en la rusa, y Maupassant, en la francesa. El último es el primero, claro está).

* * *

Tras *Hombres del Sur* aparece, a los pocos meses, un pequeño libro de versos de Manuel Rojas: *Tonada del transeúnte*. La primera palabra de dicho título indica el país de origen tan tácitamente como *Residencia en la tierra*, de Pablo Neruda, un lustro después.

Manuel Rojas figura como poeta en la Antología de Los Diez con su soneto "El gusano". Es aún la pieza predilecta de los antólogos chilenos. Pero yo propongo en su lugar "Angelus", cuyo título sirve de acápite al "Certificado de supervivencia", de González Vera:

*Me llamarás, hermana, y llamarás en vano.
A través de mi sueño yo estaré tan lejano,
que ni a gritos ni a besos me podrás despertar.*

La tonada del transeúnte refleja tal vez algo demasiado efímero, informe a ratos; pero su eco perdura en ciertos versos whitmánicos del canto final:

*No me importa la hora que es.
Silbo y canto canciones que no he oído nunca
y que brotan de mí sin esfuerzo alguno.*

* * *

En *El Delincuente* y en *Travesía* el artífice indeciso agrupa todos los cuentos que ha escrito después de *Hombres del Sur*. Dieciocho en total. Pero enriquecidos con su vasta experiencia de vagabundo, apuntador de teatro y aprendiz de muchos oficios que no dan para vivir, aunque sí para escribir.

Waldo Frank ha llamado a Manuel Rojas "el andariego Sherwood Anderson de los Andes, que ha hecho poesía con lo más real y lo más prosaico". Y en una nota erudita se refiere a la "osmosis cultural iberoamericana" que yo señalo a propósito de Quiroga.

En verdad, la exigua producción cuentística de Manuel Rojas basta para darle un lugar de preferencia en la literatura chilena junto a Baldomero Lillo y Federico Gana. Considero un dechado "El hombre de la rosa" en el cuento folklórico; "Canto y Baile", en el relato aventurero de ladrones y bandidos; y como relato de cualquier puerto: "El vaso de leche", digno de un florilegio universal.

Hay una selección de González Vera, encabezada por "El bonete maulino", que anticipa una muestra de la mejor prosa de Manuel Rojas; pero es incompleta y poco representativa de su aporte total.

* * *

Lanchas en la Bahía, la primera novela de Manuel Rojas, tiene más de un episodio que no pierde nada fuera de su contexto. Así el del joven guardia nocturno que, al quedarse una madrugada dormido a bordo, pierde su mísero empleo de "buitre".

Rojas deja en la sombra otras "aves" realmente rapaces y en-

camina el relato hacia el despertar de su *alter ego* entre dos lancheros que lo inician con su ejemplo en la ruda y desbordante vida del puerto de Valparaíso. Estos son el capataz Alejandro, del sindicato de los I. W. W., y el formidable Rucio del Norte. Al segundo, sobre todo, pinta el novelista de mano maestra en una de sus juer-gas periódicas.

En *Lanchas en la Bahía* el arte de Manuel Rojas alcanza su máxima tensión. No la desnudez total que hacía presumir "El bonete maulino", donde refiriéndose al dueño del mismo, dice: "Ape-lé a diversas metáforas con el ánimo de aturdirlo"... Aún menu-dea el uso de aquéllas. Mas, de pronto, en sólo media página tiene varias notables y ninguna ociosa. Recuerdo una viejecilla celestina cuya esclerótica parecía estar llena de migas de pan y que sacaba de su pañuelo de rebozo una mano minúscula y arrugada como una tortuguita.

Magnífico es el descubrimiento que Rojas hace de la Subida Claver, feria de la prostitución portuaria entonces. Inesperado, el prematuro amor, tan bellamente descrito, por la ramerita silencio-sa, que da con el adolescente tierno y agresivo en la cárcel.

Todo logra su medida exacta en esta novela corta: el diálogo, la psicología, el paisaje. Ni la más mínima nota falsa o decorativa; ninguna hinchazón, ningún ahuecamiento de la voz o del gesto.

Con mucha objetividad, Alone ha precisado en el prólogo la trabajosa formación del autodidacto, para concluir: "Este hombre, aparentemente condenado a la tosquedad de las formas, ha seguido una línea progresiva de sutil refinamiento y se ha hecho estilista, o ha logrado ese supremo milagro de la prosa: el equilibrio, la ausencia de extremos, la disimulación del arte por la perfecta y sencilla naturalidad".

Lanchas en la Bahía, de Manuel Rojas, como *Albué*, de Gon-zález Vera, merece ilustrarse adecuadamente, pues cada una en su género, es una joya de inestimable valor bibliográfico.

* * *

El gran acierto de Manuel Rojas con *Lanchas en la Bahía* no le ha impedido, sin embargo, caer después en el folletín fabuloso de *La Ciudad de los Césares* (Ercilla, 1936), tentación de muchos otros escritores chilenos y argentinos.

La conciencia de su propio error hace retirarse a Rojas durante tres lustros del campo narrativo. Y ni siquiera el eco que halla su libro, adaptado a la enseñanza del español en los Estados Unidos, lo vuelve menos exigente consigo mismo.

El autor de *Travesía* parece ganado por el periodismo. Pero entre sus papeles guarda un extenso poema, "Deshecha rosa", que prelude ya el mundo de su futura trilogía novelística:

*Construido con elementos de timidez y urgencia,
de pasión y de silencio;
a través de ganzúas y de ladrones hábiles,
acompañado de anarquistas perseguidos por la policía
y de cómicos que morían sin éxito en los hospitales;
entre carpinteros de duras manos y tipógrafos de manos ligeras;
soñando en la cubierta de los vapores
y en los vagones de carga de los trenes internacionales,
con muchos días de soledad y de cansancio,
sin lágrimas, con los zapatos destrozados,
por las calles de Santiago y de Buenos Aires,
ganándome la vida y la muerte a saltos,
cultivando, sin embargo, una gran rosa ardiente,
llegué donde tú me esperabas con tu ardiente rosa.*

(No creo inútil dejar constancia entre paréntesis que al publicarse "Deshecha rosa" en mi revista, ésta no había conseguido aún su millar de lectores en Chile. Por tanto, el hermoso poema de Rojas debe considerarse poco menos que inédito).

Durante la visita de León Felipe a Santiago tuve ocasión de leérselo una noche al gran poeta español y su juicio acerca del mismo no pudo ser más óptimo. Algún día "Deshecha rosa" encabezará seguramente otro libro de versos de Manuel Rojas, porque toda su obra está escrita bajo el signo de la poesía. ¿Acaso no se llama uno de sus volúmenes de artículos y ensayos *De la Poesía a la Revolución?*

Importa reseñarlo detenidamente antes de intentar un comentario a su novela última: *Hijo de ladrón*. Pues, por haberse generado aquél dentro de los límites de la prensa chilena, es lo único que puede consultarse fuera.

* * *

De la Poesía a la Revolución, periodismo literario en el mejor sentido de esta palabra, tantas veces rebajada sin causa, muestra la faz especulativa del pensamiento de Manuel Rojas.

El libro empieza con siete divagaciones alrededor de la poesía. Estos capítulos, escritos para una revista universitaria, se resienten de un ligero enfoque circunstancial. Como que nacieron a raíz de una resonante polémica extranjera. Y aunque Rojas se vale al principio de algunos ejemplos del Parnaso chileno (y español), no consigue dirimir las particularidades inherentes a la creación del verso en nuestro idioma. Se atiene demasiado a las consideraciones de Paul Valery, Jean Epstein y otros teóricos franceses. Diríase que sólo pisa terreno firme abordando la prosa, porque plantea el problema específico de la literatura chilena, entregada, según Silva Castro, "con leves excepciones, a hombres mesócratas".

Manuel Rojas discute al erudito historiador que tal fenómeno impidiera encarar a orillas del Mapocho los grandes problemas de la inteligencia.

En mi sentir, Silva Castro acierta cuando dice: "Una clase social deprimida y siempre temerosa de caer en lo arbitrario, no

puede crear un arte grande". Pero yerra en su afán oligárquico, porque aún parece creer menos en la clase de abajo.

Heine tuvo más suerte con Boerne, al encontrar en sus *Cartas de París* la siguiente afirmación, que formula el problema en su doble aspecto:

"Mi desgracia está —retraduzco el texto de Boerne al pie de la letra— en haber nacido en la clase media. Si mi padre hubiera sido millonario o mendigo, y yo el hijo de un gran señor o de un vagabundo, habría llegado a ser ciertamente alguien. La mitad del camino que otros llevaban por su nacimiento me ha descorazonado; si me hubieran llevado de ventaja todo el camino, no los habría visto, y, de seguro, los habría alcanzado. Pero, a causa de mi posición, me veo obligado a ser el péndulo de la balanza burguesa, oscilando ora a la derecha, ora a la izquierda, volviendo siempre al medio".

* * *

El ambiente tiene su innegable importancia; pero no hasta el punto que cree Rojas al suponer graciosamente cuál habría sido la suerte de un André Gide nacido en Santiago, allá por 1869. El mismo Gide afirma en una de sus obras: "El artista no puede trabajar sin un público; cuando carece de él, no hace más que inventarlo. Vuelve la espalda a la época en que vive y aguarda del porvenir lo que le niega el presente". No hicieron otra cosa Stendhal y Nietzsche. Su desafío a los medios en que les tocó actuar constituye hoy justamente su gloria.

El escritor es siempre producto de la sociedad o del pueblo en que se forma, igual que la mayor parte del idioma vivo que maneja. ¿Qué hay de más común que las palabras del Diccionario? Pero aquél no trata de buscarlas allá y si lo hace, sólo es para infundirles su personalidad. En esto consiste, si bien se mira, el estilo.

Manuel Rojas, después de un largo rodeo, esboza una conclusión parecida. En forma campechana y espontánea confiesa: "Mu-

chas veces he pensado que los escritores de por acá (me refiero a toda Hispanoamérica) pasamos de la simple narración oral a la escrita sin sufrir el proceso de la individualización, es decir, sin dar a la obra literaria el sello de una íntima personalidad, sin poner en ella lo que puede haber en nosotros de verdaderamente creador”.

* * *

Los artículos que Rojas dedica en su libro a personalidades tan claras y distintas como Máximo Gorki u Horacio Quiroga, con ser sumarísimos, aunque no meras necrologías, contienen algunas de sus ideas más maduras. Son respectivamente, tanto en lo universal como en lo nacional, vivas ilustraciones de una misma síntesis.

A Manuel Rojas le interesan los hombres, algunos hombres, y quiere marchar acompañado de ellos al encuentro del hombre. Su introducción al artículo sobre Quiroga es notable por la sinceridad de su expresión viril. El estilo de Quiroga le sugiere: “una de esas herramientas de los trabajadores solitarios de las montañas o de la selva, mineros o carboneros, imposibilitados de adquirir nuevas; y que careciendo del tipo standard, ostentan, en cambio, hechas por sus propias manos, al mismo tiempo que la noble dureza del material con que fueron construídas, la gracia personal y espiritual del que las hizo”.

Difícil superar esta imagen tan poco literaria, pero tan profunda y que tanto dice de la estética callada del uruguayo-argentino como de la consciente admiración de su émulo argentino-chileno.

Que Manuel Rojas no tiene una gota de sangre académica lo revela el ensayo donde aborda el tema de la máquina y el hombre, a propósito del *Erewhon*, de Samuel Butler.

Estudiando al escritor como político a través de Martí en América y de Trotsky en la U.R.S.S., Rojas admite la colaboración; pero no según la practican algunos pendolistas a la oreja de un ministro, como decía Sarmiento. El no acepta enrolamiento de ninguna clase a fin de adueñarse del poder con mano ajena. Escribe

al respecto con su acostumbrada franqueza: "Los partidos políticos parece que necesitan del escritor hasta el día antes de subir al poder. Una vez allí el escritor es relegado automáticamente al último término. Se acabaron las ideas, ahora vienen los hechos, necesitamos hechos, no psicologías".

Rojas concluye: "Si los partidos terminan por defenderse con hechos, no con ideas, ¿qué puede hacer entonces el escritor?"

El acuerdo entre la teoría y la práctica exige un camino propio, histórico, no inmediato, electoral, que a tan feas transacciones conduce al político huérfano de ideas y afanoso de hechos. El artista debe mantenerse, no aparte o por encima y menos en el justo término medio, sino en su verdadero altivo lugar. Con el filósofo entenderá por realidad y perfección la misma cosa. El pensamiento es un acto en sí de incalculables consecuencias.

Cuando la realidad no se aviene a la teoría, tanto peor para la realidad. Esto significa, según Marx, que hay que modificarla y no sólo interpretarla. ¿Qué otra salida encuentra el artesano cuando su obra no se ajusta perfectamente a su concepción? El escritor debe aspirar al cielo de la permanencia y dejar lo pasajero y vistoso a los oradores que cambian sus palabras por aplausos.

Manuel Rojas es un hombre quitado de bulla que no habla para lucirse. Por eso *De la Poesía a la Revolución* impone respeto al mismo adversario de sus puntos de vista y lo conduce al diálogo inteligente.

* * *

Tres lustros median entre *La Ciudad de los Césares*, de Manuel Rojas, y su novela *Hijo de ladrón*, primera de un tríptico en marcha que le vale la vuelta en espíritu al país de su nacimiento. Porque después de agotarse doce mil ejemplares en Santiago de Chile, *Hijo de ladrón* se publica en Buenos Aires. El libro repite al revés y en mejores condiciones, desde luego, la trayectoria del protagonista en lo que tiene de semejante a su autor.

La exaltación de la vida por encima de cualquier miseria oficial u oficiosa presta un gran encanto a esta obra poco menos que única en la literatura hispanoamericana de un lado y otro de los Andes.

En vez de un tipo pintoresco a la manera de *Don Segundo Sombra* o *Gran Señor y Rajadiablos*, Manuel Rojas traza una serie de figuras de carne y hueso que muestran de manera convincente hasta dónde olvida el mundo moderno al hombre que hay detrás de las metáforas y de los certificados de supervivencia.

El antihéroe de *Hijo de ladrón* pasa de Buenos Aires a Santiago "con los zapatos destrozados" lo mismo que su peregrino trovador, pero con una dignidad que ya se quisieran para un día de fiesta muchos nietos de abuelos ilustres.

Cuanto al estilo, *Hijo de ladrón* se destaca en primer término por la forma directa y sostenida del relato, que no se queda en la superficie de lo que acontece a sus personajes errantes ni en el aspecto exterior de los mismos. Manuel Rojas cala con igual hondura en todos y en todo.

Un sentimiento antiburgués anima por entero el libro; pero no es de indignación, sino de ironía piadosa, de ternura contenida. La voz cantante del que narra interesa sin esfuerzo. En la primera página queda expuesto el método que se reduce a cierto ritmo acumulativo en torno a las peripecias descritas como al azar de los recuerdos, aunque sobre distintos planos. De ahí la impresión de interno equilibrio que produce cada capítulo. Su poesía no está, como en la mayor parte de nuestras novelas, en las palabras, que son las más comunes, sino en su carga emotiva, en su constante originalidad.

Quizá el novelista pudo anticipar algún episodio como el de la vieja que se hacía leer por el muchachito los folletines de un diario argentino. Así tendría el lector explicado a tiempo el origen de la vocación estética del joven Aniceto, protagonista y primer relator de *Hijo de ladrón*.

Al arrogarse una genealogía de príncipe aventurero aquél ase-

gura literalmente: "Mis familiares (sic) eran nómades, no esteparios, aposentadores de renos o de asnos, sino urbanos, errantes de ciudad en ciudad, de república en república. Pertenecían a las tribus que prefirieron los ganados a las hortalizas y el mar a las banquetas del artesanado y cuyos individuos se resisten aún, con variada fortuna, a la jornada de ocho horas, a la racionalización en el trabajo y a los reglamentos del tránsito internacional, escogiendo oficios —sencillos unos, complicados o peligrosos otros— que les permiten conservar su costumbre de vagar por sobre los trescientos sesenta grados de la rosa, peregrinos seres, generalmente despreciados y no pocas veces maldecidos, a quienes el mundo envidioso de su libertad, va cerrando poco a poco los caminos..."

Manuel Rojas presenta el conflicto aludido en forma minuciosa y apenas disimula su enojo ante la nueva Inquisición estatal que pone trabas de papel sellado al hombre que busca ganarse la vida por su propia cuenta y riesgo. En esto se parece al misterioso Bruno Traven del *Barco de los muertos*.

Sería demasiado largo un inventario completo de la humanidad que pulula por las páginas de *Hijo de ladrón*; pero se impone un recuento, aunque sea sumario, de una que otra criatura, empezando por la sufrida madre anónima. Junto a ella, el inocente Anicetito es conducido —¡a los doce años!— al Departamento Central de Policía de Buenos Aires por el solo delito de ser hijo de Aniceto Hevia, "El Gallego".

La escena de la señora que sostiene con su ejemplo al vástago en trance de quebrarse al soplo demasiado brutal de la realidad, cuenta entre lo más tierno y conmovedor del libro.

A la temprana muerte de la primera, empieza el segundo su forzoso vagabundaje, tras otra cruel experiencia de huérfano en el rancho de un perdulario llamado Isaías.

La parte inicial del libro enfoca todavía el rápido asomo del hombrecito al campo de la provincia de Buenos Aires como ayudante de jornalero. Es un peregrinaje memorable, ajeno a toda gauchofilia.

Impelido por el sino paterno, Aniceto Hevia (hijo) atraviesa la Pampa ejerciendo diversos oficios que no lo sacan de pobre, hasta que al fin, acompañado de un vagabundo extraordinario, encuéntrase un día, como El Chacho, "en Chile y a pie" . . .

* * *

La novela reanuda su comienzo en Valparaíso, a la salida de la cárcel. "De pronto terminó el muro y apareció el mar".

Ahora la bahía es mencionada con todas sus letras y se la siente a la vista en toda su pujanza. Pero Aniceto Hevia, pobre y enfermo, no tiene, patrióticamente hablando, un rincón donde caerse muerto.

He aquí el final de un capítulo que vale un poema sobre su herida invisible:

"Si pasas junto a él y lo miras, verás su rostro enflaquecido, su ropa manchada, sus zapatos gastados, su pelo largo, y sobre todo, su expresión de temor; no verás su herida, esa única herida que por ahora tiene y podrás creer que es un vago, un ser que se niega a trabajar y espera vivir de lo que le den o de lo que consiga buena o malamente por ahí; pero no hay tal: no te pedirá nada y si le ofreces algo lo rechazará con una sonrisa, salvo que al ofrecérsele lo lo mires y le hables de un modo que ni yo ni nadie podría explicarte, pues esa mirada y esa voz son indescriptibles, inexplicables".

Todo el mundo teme a este raro espectro juvenil que carece de certificado (aunque no médico, precisamente) para embarcarse hacia el norte.

A la espera de un trabajo liviano él se queda, pues, en Valparaíso, tras una pequeña *Odisea* por los albergues nocturnos y una más grande *Iliada* obrera, que lo devuelve a la cárcel.

* * *

El ángel caído encuentra el sentimiento humano aun entre las rejas. La vianda portátil que le manda "El Azarcón" anticipa por

cierto la comilona pantagruélica del "Lobo" en la caleta de los pescadores.

A lo largo de la novela, el número de las escenas fraternales resulta verdaderamente impresionante hasta el final.

¡Cuántos caracteres y cuántas reflexiones en el mismo estilo límpido del que ya he dado algunas muestras, podría invocar en favor y en contra del mundo en que se mueve y con el que nos conmueve Manuel Rojas! Sólo ateniéndose al ladronaje hay para rato. Muchos elementos del hampa, esbozados en *El Delincuente*, cobran toda su estatura en *Hijo de ladrón*. Sin embargo, a la postre, prima en sus páginas la poesía.

El hombre admirable que se oculta detrás de la obra, el émulo argentino-chileno de Horacio Quiroga, deja en ella la impronta de su propia y original personalidad, por encima de cualquier teoría vernácula o foránea de la narrativa de nuestro tiempo...